

Escarabajos del desierto: Horacio Gil Ochoa en la Vuelta de la Juventud Mexicana

Comala en bicicleta

HORACIO GIL OCHOA

Universidad Autónoma

Latinoamericana, Medellín, 2020, 40 pp., il.

HORACIO GIL Ochoa, el protagonista de este pequeño pero lindísimo libro, es una leyenda del periodismo y la fotografía deportivos en Colombia. Si las narraciones de Carlos Arturo Rueda definieron el sonido de nuestro ciclismo en sus primeros años, las fotografías de Gil Ochoa —junto con otros pioneros, como Sady González— le dieron una imagen propia y una identidad particular.

Desde mediados del siglo pasado, Gil Ochoa recorrió gran parte del territorio nacional acompañando e inmortalizando con su cámara a la creciente caravana de ciclistas criollos. A bordo de una motocicleta, registró las gestas de los corredores, el fervor de los aficionados, y las polvorientas e interminables subidas en las que se construyó el mito de los escarabajos.

Los miles de fotografías que tomó durante su carrera abarcan más de cincuenta años y equivalen a una verdadera historia visual del ciclismo colombiano. De Efraín “el Zipa” Forero y Ramón Hoyos Vallejo a Cochise Rodríguez y Lucho Herrera, varias generaciones de pedalistas pasaron por su lente en el proceso de transformarse en héroes populares.

También fue el encargado de retratar a Fausto Coppi y a Hugo Koblet en su visita a Colombia —según cuenta él mismo, no paraba de tocar y darle palmadas en la espalda al Campionissimo para convencerse de que era real—, y tuvo la inmensa fortuna de estar al lado de Alfonso Flórez cuando, en 1980, ganó el Tour de l’Avenir y se convirtió en el primer campeón colombiano de una carrera en Europa. Siempre con la cámara en la mano, vivió de cerca los momentos más importantes del ciclismo nacional, desde sus primeros años hasta “la conquista de Europa”.

Sin embargo, su trabajo no se orientó únicamente hacia las grandes figuras. Gil era un maestro de la oportunidad y la captura del instante, capaz de jugar con la percepción del tiempo, de evocar ambientes y sonidos, y transmitir la cercanía de lo local, del evento cotidiano. Por esa razón, el público y el paisaje son, con frecuencia, tan relevantes como el hecho principal.

Algunas de sus imágenes, publicadas en los principales diarios del país, dan muestra de esa sensibilidad tan singular. *La caída*, tal vez la más conocida de ellas, se publicó en primera plana y se ha reproducido en múltiples exposiciones a pesar de centrarse en el tremendo golpe que se dio el corredor Jairo González tras estrellarse con un niño en Medellín. Aunque plasma un episodio ocurrido durante una carrera en bicicleta, trasciende, en su composición y sus detalles, los confines habituales de la fotografía deportiva. Más allá de un acontecimiento o una competencia, Gil logra retratar el espíritu y la esencia de un lugar. Y por eso —por la belleza de su trabajo, pero también por su capacidad de conectar con un territorio y una cultura— el hallazgo que da origen a *Comala en bicicleta* se siente especialmente afortunado.

Desde 2001, la Biblioteca Pública Piloto de Medellín ha sido la entidad responsable de custodiar y difundir el inmenso archivo de Horacio Gil Ochoa, que incluye casi 300.000 negativos. Hace cinco años, con ocasión de la Feria del Libro de Medellín de 2018, que tuvo a México como país invitado, surgió la idea de buscar material en el fondo que lleva su nombre. Y ahí, en uno de los cientos de sobres que lo componen, clasificados por año, aparecieron estas fotografías tomadas durante la Vuelta de la Juventud Mexicana de 1964, y que nunca llegaron a publicarse.

Así como la creación de la Vuelta a Colombia en bicicleta representó el nacimiento de una pasión nacional que Gil Ochoa compartía y supo reproducir magistralmente, su labor en México —a donde viajó siguiendo a ocho de los mejores ciclistas colombianos— refleja el dramatismo, el asombro y la dureza de ese encuentro con una nueva geografía. Aún faltaban varios años para que Giovanni Jiménez y el mismo Cochise abrieran las puertas del ciclismo

europeo, por lo que la participación en la Vuelta de la Juventud Mexicana, que había reemplazado a la Vuelta a México como la más importante de ese país, tenía un aire de descubrimiento, de viaje a lo desconocido.

Aunque *Comala en bicicleta* tiene un formato reducido, y las fotografías son en blanco y negro, el lector alcanza a percibir la aridez, el calor, y el rigor de un cielo sin nubes ni sombra. En su travesía por los valles y montañas del centro de México, Gil Ochoa, el maestro antioqueño, iba explorando también una manera de sentir y de entender el mundo.

No obstante, y a pesar de la distancia entre los dos países, hay algo reconocible y familiar en este llano inagotable. A partir de un hecho casual —la presencia de un equipo colombiano en la carrera—, Esteban Duperly, prologuista y responsable de la selección de imágenes, establece una conexión muy sugerente con el universo literario y la obra fotográfica de Juan Rulfo. Afirmo —y con razón— que lo sentimos cercano porque en él hay un sentimiento de desolación, que está en cualquier alma, y porque *Comala* es toda América Latina (pp. 18-19).

Igualmente interesante resulta el vínculo, forjado durante más de un siglo, entre la prisa perpetua del ciclismo, que es un oficio obsesionado con la velocidad y el movimiento, y la rigidez intemporal de la fotografía. Gracias a este artificio, y a la mirada de Horacio Gil Ochoa, los protagonistas de la Vuelta de la Juventud Mexicana siempre van a ser, en el archivo, en sus fotos, y en *Comala en bicicleta*, los mismos que eran en una tarde de verano de 1964.

A primera vista, puede parecer extraño que una competencia en bicicleta sirva de excusa para meditar sobre el tiempo, la obra de Rulfo, y sobre la unión geográfica y espiritual de México y Colombia. Sin embargo, el ciclismo tiene un contacto directo con su entorno, además de una profunda relación con el dolor y la fatiga. Aunque es un deporte que suele organizarse por equipos, pedalear durante horas es un rito inevitablemente individual, una búsqueda interior en la que el corredor se encuentra a solas con la carretera y el paisaje. Y cada carrera —cada estación de esa búsqueda— va tomando el color de los lugares que recorre.

Esta experiencia, así como el intento del fotógrafo de descifrar con su cámara un espacio y un tiempo específicos, han quedado consignados en este libro. Para los aficionados al ciclismo, *Comala en bicicleta* es una pequeña joya, aunque el tamaño limita sus características como libro de fotografía. Queda haciendo falta la opción de un formato más grande y una selección más amplia de imágenes, al estilo del estupendo –y casi imposible de conseguir– *La bicicleta, mi cámara y yo*, publicado en 2002. Ojalá sea posible en algún momento.

Diego Aldana Blanco